

El concepto del Reino de Valencia

Por D. FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA

Las Primeras Jornadas Forales valencianas que ahora inauguramos han sido organizadas en común empeño por el *Centro de Estudios General Zumalacárregui* que tengo el inmerecido honor de presidir, y por el *Círculo Aparisi y Guijarro*, benemérito hogar del Carlismo valenciano en días tan difíciles como los que corremos.

* * *

El Carlismo posee un lema sagrado, por todos conocido: Dios, Patria, Fueros, Rey. Mas bien entendido que se trata de un lema en el cual los valores en estas palabras consagrados, ocupan debido orden de medida jerarquía.

* * *

Dios, Patria, Fueros, Rey, sin prescindir de ningún punto del lema de nuestros padres, pero también sin subvertir el orden en que se hallan formulados. Por prescindir del Rey, Angel Herrera salió de nuestras filas para fundar la democracia cristiana de «El Debate» y de la CEDA. Por prescindir de los Fueros, los movimientos nacionalistas tradujeron en términos de libertad abstracta revolucionaria los sistemas forales de las Tradiciones concretas, en un retrasado positivismo decimonónico del cual todavía quedan largas colas de siniestra hechura. Por renegar de la Patria, brotaron las dos fórmulas enemigas del absolutismo del siglo XVIII y del liberalismo del siglo XIX. Por prescindir de Dios, asistimos ahora al ridículo cuanto dramático espectáculo de un supuesto Carlismo socialista, completa antítesis herética y chabacana de lo que el verdadero Carlismo es.

* * *

Nosotros concebimos al Reino de Valencia como una tradición institucionalizada por obra de su fundador, el Rey Jaime I.

* * *

En todo este tiempo el país que luego será Reino de Valencia fue encrucijada de castas y culturas. Ya llegaron lusitanos para la fundación de la capital, igual que en tiempos de los taifas vendrán a estas tierras gentes de toda procedencia. El fondo étnico primero, si es que ha sido ibero y los iberos no representan otra inmigración más, fue enriqueciéndose lentamente con aportaciones de los orígenes más dispares. La carencia de instituciones propias dedúcese de la amalgama de influjos que van a transformar esta banda de tierra situada entre la cordillera central ibérica y el mar Mediterráneo en crisol de humanidades, tan diversas como unificadas. Ni siquiera el período del legendario Muhammad ibn Said, apellidado el Rey Lope, supone independencia política, juguete como fue de los poderosos monarcas contemporáneos, y en especial de Alfonso VIII de Castilla. Al alborear del siglo XIII, en vísperas de la conquista por Jaime I, Valencia posee un pueblo mezclado, todavía no urdido con cohesión cabal; es un manojo de pueblos ayuntados por la convivencia sobre el mismo territorio. No es aún entidad política, institucionalmente completada.

Por ende, el nacimiento del Reino no tuvo lugar en términos sociológicos; fue empresa política, nacida de la voluntad de un varón afanado en hazañas de conquista: el Rey Jaime I. Quien, ni siquiera el fundar el Reino, logró eludir la multiplicidad de sus elementos componentes, dado que hasta en los conquistadores había de diversas procedencias: de Aragón y de Cataluña.

Desde un ángulo sociológico la conquista cristiana en el siglo XIII no hizo más que acrecer el confusiónismo de la mezcla de gentes valencianas. El crisol del borde oriental peninsular fue puesto a prueba una vez más, entonces con mayor dureza que nunca. Porque no se trataba ya de un núcleo conquistador coherente, cual había sucedido con las conquistas romanas, visigoda o árabe; sino de un conjunto de dos pueblos con instituciones e idio-

DESDE EL MISMO INSTANTE FUNDACIONAL VALENCIA ES REINO SEPARADO; NUNCA SUJETO A NADIE.

mas diferentes, unidos apenas por la identidad del mismo señor: el Reino de Aragón y el Principado de Cataluña.

* * *

Dejar al país en semejante situación confusa hubiera equivalido a tolerar que el amasijo de los grupos cuajara en mosaico de contradicciones. La clarividencia genial del Rey Conquistador no buscó compromisos, al modo que usan los politicastro de nuestros tiempos; ni previno diálogos, porque estaba seguro de que el choque de intereses no hubiera proporcionado la claridad del mutuo entendimiento, en contra de lo que muchos ilusos opinan hoy. Jaime I cortó por lo sano, igual que Alejandro Magno, el nudo gordiano de las contradicciones. Y así, con voluntad de fundación, quiso un Reino nuevo, ni dependiente del de Aragón, ni subordinado al Principado de Cataluña, ni heredero de los estilos musulmanes. Es de este modo, merced exclusivamente a la voluntad de su primer Rey, como nació independiente el Reino de Valencia.

Por eso, por decisión del Rey fundador, en Valencia ya no habrá ni catalanes ni aragoneses; al integrarse en el Reino serán pura y simplemente valencianos. En 1238 cristaliza por fin en cumplida personificación política el revoltijo de variadas modas que hasta entonces se venían dando entre Morella y Elche, entre la espina dorsal de las montañas ibéricas y las costas del Mediterráneo. El lento transvase sociológico, viejo desde milenios, cuajaba en un cuerpo político nuevo; en un Reino, el Reino de Valencia.

Al generarlo a golpes de su espada vencedora, al darle bandera y leyes nuevas, quiso el gran Conquistador borrar los recuerdos de las procedencias individuales. No será en el futuro Valencia tierra donde disputen musulmanes, catalanes y aragoneses. Valencia será Reino nuevo, en cuyo seno de flores perfumado, olvidadas las facciones y las cunas extrañas, habrá una sola gente: los valencianos.

De ahí que desde el mismo instan-

te fundacional — ¡y qué Fundador tuvo! — Valencia es Reino separado, nunca sujeto a nadie, antes igualado a los demás integrados en la Corona de Aragón. Tendrán todos los Reinos de la Corona un mismo Rey, por lo cual el Rey de Valencia es el propio que impera en Zaragoza y en Barcelona, en Mallorca y en Ibiza; pero Valencia, al par de los otros reinos, tendrá cortes y gobernadores propios, leyes e instituciones distintas de las de Cataluña y Aragón.

Es verdad por todos conocida y que sienten todos. Digan lo que quieran ahora los que, renegando del Reino de Valencia y escupiendo las cenizas sagradas del primero de los reyes valencianos, están empeñados en destruir su obra siete veces centenaria en nombre de cierto pancatalanismo que da en traición a la voluntad de Jaime I, el fundador. Pues lo cierto es que hasta en las cortes catalanas reconocía-se la personalidad del Reino de Valencia.

* * *

Separación rotunda entre Cataluña y Valencia siempre protestada en las cortes catalanas, al extremo de no permitir fuese ocupado ningún cargo u oficio público en Cataluña por los nacidos en el Reino valentino.

* * *



Anverso
del Sello de
Conquistador,
Aragón, Valencia
Conde de

En el instante fundacional hay dos actos de contenido jurídico diverso. Uno de abso-

luta autoridad, otro de decidida libertad. El primero es la fundación del Reino, por Jaime I querida sin tolerar discrepancias, en el acta jurídica fundacional de dictar los Fueros con exclusiva y plena potestad real, cual si el Conqueridor hubiera buscado dejar asentado para la eternidad la realidad jurídica del Reino de Valencia. El segundo, una vez establecidos los Fueros a tenor de su libérrima voluntad creadora del Reino, poniendo en marcha el funcionamiento de unas instituciones que eran modelo de libertades y dentro de las cuales habrán de gobernar con poderes limitados tanto él mismo cuanto sus sucesores.

* * *

No fue, por ende, la personalidad del Reino de Valencia el resultado de un largo proceso político en el cual las instituciones iban amoldándose al curso de los sucesores. No son los Fueros el finál de una andadura de contrastes entre el cuerpo social y la Corona. Ese será, lo mismo que en todas partes, el desarrollo posterior en la inexcusable mudanza que traen consigo los siglos y las gentes. En el

primer momento, aquí son Rey y libertades concretas el punto de partida. Toda la historia del Reino hasta los calamitosos tristísimos del bárbaro europeo Felipe V, IV de Valencia, es el desarrollo acompasado a las coyunturas sucesivas de la majestuosa arquitectura institucional labrada por la sagaz previsión del Rey Conquistador.

Pocas obras de artesanía jurídica tan perfecta recuenta la humana historia. La variedad sociológica de las gentes es unidad jurídica programada, poco a poco firmemente remachada por sus sucesores. La pluralidad sirve de cantera de piedras bien talladas, en-garzadas gracias a la argamasa del genio jurídico de Jaime I. La trayectoria posterior del Reino de Valencia es el paulatino acrecentamiento de semejantes puntos de partida. Valencia es entidad política personificada porque lo quiso así el querer del rey Jaime I, cuaiando en los Fueros venerables. Por eso no cabe más Valencia posible que la Valencia que él nos legó en el más genial testamento que la historia peninsular conoce.

La historia entera del pensamiento político valenciano hasta el tiempo doloroso y bestial de Felipe V es de esta suerte perpetua glosa a los Fueros, afirmación del Reino como cuerpo político, la teoría tradicional del Reino de Valencia. Como he mostrado con acopio de citas en otro sitio es el pálido de aquel «frare menor de la ciutat de Valencia», Francesc Eximenis, que en el incompleto pero ingente *Crestia* nos regaló la más granada de las formulaciones políticas de su siglo, con arreglo a la fórmula del pactismo que en los Fueros es la savia de las instituciones valencianas. Es el nervio de Pere Belluga en el siglo XV en su *Speculum principum*, exégesis de los *Furs* jamás superada en lo que a claridad se refiere, arranque de toda la ciencia valenciana del derecho político foral. Es el tema con que en el siglo XVI Fadrique Furió y Ceriol estatuye la separación entre el rey y tirano en *El consejo y consejero del Príncipe*. Es el motivo del que se sirve en días de Felipe II Pedro Jerónimo Tarazona en sus *Instituciones dels Furs*, y *privilegis del Regno de Valencia* para discernir entre Fuero y leyes ordinarias con arreglo a la concepción de la monarquía limitada. Es el espíritu que anima la



y reverso
Jaime I el
como Rey de
y Murcia y
Barcelona

Schola juris de Gaspar Gil Polo para volcar erudiciones en la negación del absolutismo. Es el argumento cardinal manejado por otro jurista eximio bajo Felipe II, I de Valencia, el miembro de su real consejo Tomás Cerdán de Tallada, cuando en el *Veriloquium en reglas de Estado* defiende la sujeción del príncipe a las leyes. Es el manojo de razones traídas por el consejero del Supremo Consejo de Aragón en los inicios del siglo XVII, Francisco Jerónimo de León, al postular en las decisiones 144 y 210 de sus *Decisiones Sacrae regiae Audientiae Valentinae* la obligación real en el cumplimiento de los preceptos forales. Es lo que empuja en años de Felipe IV, III de Valencia, al también miembro del Consejo de Aragón Cristóbal Crespi de Valldaura, al cimentar en sus *Observaciones* 1, 2 y 111 la delimitación institucional de la potestad real. Es la clave interpretativa que accede a la comprensión de los varios escritos de Lorenzo Mateu y Sanz, aquel supremo jurista que explicó como nadie ni antes ni después lo ha conseguido el sistema de libertades concretas inscritas en los Fueros de Valencia, tanto en el *Tratado de la celebración de cortes generales del Reino de Valencia*, como en el *De re criminali* y sobre todo en su monumental *De regimine Regni Valentinae*, escritos que por sí solos bastan para demostrar la vibración enérgica del espíritu foral en el pueblo valenciano mientras reinó Carlos II. Y es, por último, la llama que enciende el *Theatrum Jurisprudentiae forensis valentinae* del postrero de los juristas de la Valencia clásica y verdadera, Nicolás Bas y Galcerán, portavoz postrero de los Fueros en 1690, ya en vísperas de la barbarie europea del tirano francés Felipe V.

Toda la historia del pensamiento político valenciano es la glosa, entusiasmada y doctoral, del testamento político del Rey fundador

TODA LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLITICO VALENCIANO ES LA GLOSA, ENTUSIASMADA Y DOCTORAL, DEL TESTAMENTO POLITICO DEL REY FUNDADOR JAIME I.

Jaime I. Hasta cuando el europeo Felipe V rompa el pacto foral colgando valencianos vencidos en las ramas de los árboles de la Huerta o quemando Játiva en el más frío, criminal, canallesco acto de barbarie que pudiera concebir el más pérfido de los brutales tiranos legendarios del Oriente, no aplastará a la Tradición foral de la Valencia creada por Jaime I. Ni el europeizante Felipe de Anjou, IV de Valencia, consiguió asesinar el alma valenciana cuando mató su cuerpo institucional a golpes de barbarie afrancesadora. Ni engañó a nadie cuando intentó disfrazar la propia tiranía con la tesis oficial consignada en el real decreto del Buen Retiro en 29 de junio de 1707, afirmando con mentira llana trafa a Valencia leyes de Castilla, siendo así que lo que traía era el absolutismo a la francesa. El equívoco típico de la perfidia borbónica no engañó en Valencia a nadie; y apenas tuvo ocasión de manifestarse la Tradición heredada de Jaime I, Francisco Xavier Borrull en 1810, en su libro *Fidelidad de la Ciudad y Reyno de Valencia*, alumbrará la demostración de que la abolición de los Fueros valencianos fue obra del enviado de Luis XIV, Amelot, marqués de Gournay, un triunfo de la Europa enemiga contra esta parcela de las Españas martirizadas.

El Carlismo enlaza con los grandes apologetas de la Tradición foral valenciana a través de Francisco Xavier Borrull. El Carlismo abanderó, en consecuencia, los Fueros íntegros de Valencia. El Carlismo quiso y quiere, porque es nuestro credo y porque lo mandó S. M. don Alfonso Carlos, reencontrar el hilo de la Tradición perdida, saltando por encima del desolado desierto político enarenado en el siglo XVIII por el absolutismo europeo, afrancesado y enemigo.

* * *

La primera misión del Carlismo en Valencia fue la de abanderar, al viento de las opresiones centralizadoras, la herencia de Jaime I, el Fundador. No tenemos tampoco hoy otra razón de ser en Valencia, aunque —eso sí— es la única razón de ser que permite a un valenciano ser de veras valenciano. Desde que el Carlismo hace suya la Tradición valenciana, quiere lo que quiso Jaime I, esto es la res-

tauración de los Fueros por Jaime I promulgados como razón de ser del Reino. Por lo cual somos los carlistas los únicos que en esta tierra pueden con rigurosa exclusividad llamarse valencianos.

* * *

Por eso nosotros, los carlistas, entendemos a Valencia en sus dimensiones históricas y no la rebajamos a ese enteco montón de datos físicos que es lo que los nacionalistas denominan «el país valenciano». Por eso somos tradicionalistas, no somos ni menudos regionalistas ni desbocados nacionalistas. Por ello nosotros definimos a Valencia como Reino, no la rebajamos al manojito de las tres provincias en que la desmembró el centralismo liberal, ni la consideramos la banda litoral del levante peninsular que es el «país» teorizado por los nacionalistas de toda laya.

Para nosotros Valencia no es una geografía, no es la cinta de tierra asomada al mar en las costas del este de la Península ibérica. No la recortamos a un paisaje, porque son inúmeros los paisajes de esta tierra variadísima. Ni la recortamos a una raza, porque si hay algo característico de este suelo es que fue constante crisol de razas desde los remotos días de los umbrales de la historia conocida. Valencia es para nosotros un Reino fundado por la voluntad de un varón de la talla de Jaime I. Un Reino con sus instituciones propias, cuya fecundidad política fue demostrada durante cinco siglos; con su cultura propia, unas veces expresada en lengua hermana de la catalana y otras en decires castellanos; un Reino con sus cortes, su Diputación foral, sus leyes peculiares escritas en sus Fueros específicos. Un Reino que es el resultado de una historia acumulada en una Tradición de la que nos enorgullecemos. Si en lugar de hablar de «Reino» dijéramos «país valenciano», cual gustan los neopositivistas del nacionalismo, resultaría imposible dar con la definición exacta de Valencia.

* * *

Valencia cobra unidad en la historia, bien entendido que en la historia sellada por la voluntad del fundador Jaime I. Valencia es una

EL CARLISMO ABANDERA LOS FUEROS INTEGROS DE VALENCIA.

por sus Fueros y por sus cortes. Valencia es lo que han hecho los cinco siglos que corren entre 1238 y 1707, y seguirá siéndolo en la medida en la que quedan los restos de lo que destruyó Felipe de Anjou y de lo que han arrasado los posteriores destructores.

Creemos los carlistas que afirmar Valencia hoy es reconstruir al Reino aplastado infamemente, tenazmente, alevosamente, a lo largo de doscientos años. Y reconstruirlo en la integridad de sus instituciones, sin más mudanza que alterar los límites de la acción gobernadora para atemperarlas a las exigencias del cosmopolitismo nacido de la técnica, y acomodar la fórmula de la representatividad social a tenor de la regla de oro de la doctrina de la representatividad defendida por el Tradicionalismo; esto es, que los órganos representativos reflejen en cada momento las fuerzas de la sociedad libre y organizada por sí misma.

Esta es la misión del Carlismo, su segunda misión de hoy. Además de defender al Reino de Valencia de las amenazas centralistas, sean absolutistas sean democratizantes, hemos de defenderlo de la amenaza sociológica de los nacionalismos separadores, empeñados en destruir la unidad forjada por la historia.

Voy a cifrar el peligro en las tesis de un hombre insigne, precisamente porque es objeto de mis admiraciones intelectuales: Joan Fuster, de Sueca, uno de los mejores escritores de lengua catalana que hoy alientan.

Aunque parezca absurdo, Joan Fuster pretende completar la obra demoledora de Felipe de Anjou. Quiere acabar de matar al Reino de Valencia. Y no con mentirosas hipócritas leyes donde el absolutismo cubre su venenosa mercancía bajo el pabellón de supuestas leyes castellanas. Sino de manera más grave todavía: partiendo al Reino para consignarle como apéndice de Cataluña y de Castilla. En aras de un nacionalismo no ya valenciano, pero hasta pancatalanista, Joan Fuster aspira a matar a Valencia, ignora deliberadamente cinco siglos de historia patria, se rebela contra la voluntad

LOS CARLISTAS ENTENDEMOS A VALENCIA EN SUS DIMENSIONES HISTORICAS Y NO LA REBAJAMOS A ESE ENTECO MONTON DE DATOS FISICOS QUE ES LO QUE LOS NACIONALISTAS DENOMINAN «EL PAIS VALENCIANO».

fundadora del rey Jaime I. La segunda misión del Carlismo es defender a Valencia contra los ataques del catalán Joan Fuster, heredero directo de Felipe V el francés.

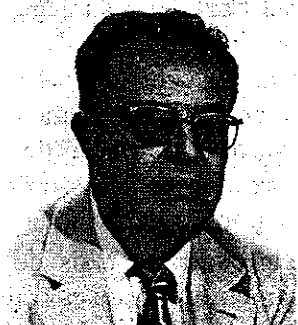
* * *

De ahí que termine invitándoos a comprender, tanto como sentir, mejor dicho embrindando con razones los generosos sentimientos, a restaurar la jerarquía escalonada de nuestro lema sacrosanto; a reconstruir la doctrina del Reino de Valencia, en la espera de dar armas ideológicas actuales a nuestro necesario Requeté. Dejémonos de politiquerías menudas, de los personalismos que dividen. Unámonos en lo que ata, en las verdades de nuestra Verdad

Templemos nuestros afanes en las aguas toledanas de las razones sobradas que de nuestros padres recibimos. Peleemos en las ideas tal como lucharon nuestros padres: por Dios, por la Patria, por los Fueros, por el Rey legítimo. Cumplamos la voluntad augusta consignada por Jaime I en los *Furs* y por don Alfonso Carlos en el artículo 3.º del Real decreto del 23 de enero de 1936.

Al amparo de esas sombras veneradas, empapada el alma en la sangre de los héroes que nos precedieron en la senda del deber durante siete siglos, seamos los continuadores del Reino de Valencia. Porque solamente en esta tensión de sacrificios y de sueños seremos verdaderos valencianos, que es lo mismo que decir que españoles verdaderos. En un Reino de Valencia gloria y florón de las Españas todas.

SEMBLANZA



D. Francisco Elías de Tejada y Espínola

Nace en Madrid el 6 de Abril de 1917. Cursa los estudios de Bachillerato en el Colegio de los Jesuitas; militando en el Carlismo por la influencia del Padre Huidobro. En el año 1932, funda la A. E. T. de Madrid; colabora como carlista en los Actos de Fundación de Falange Española. Termina la carrera de Derecho, se traslada a Alemania para ampliar estudios; allí le sorprende el Alzamiento Nacional, regresando inmediatamente a nuestra Patria, participando en la contienda, y alcanzando la graduación de Teniente de Artillería. Finalizada la Cruzada, oposita a la Cátedra de Filosofía del Derecho y Derecho Natural, obteniéndola a los 23 años. Ejerce esta función docente en las Facultades de Murcia y Salamanca, y posteriormente en Sevilla.

Desde 1940 pertenece a la Junta Política de la Comunión Tradicionalista. Funda con el Profesor Galvao de Sousa, la Revista "Reconquista", editada en Sao Paulo; funda también las Editoriales, "Montejurra", "Tradicionalista" y "Escelicer"; como asimismo los Círculos "Vázquez de Mella" —en los que ocupa el cargo de Vice-presidente—, y por último el "Centro de Estudios Zumalacárregui", del cual es Presidente nacional. Dentro de un área más jurista, funda el Centro de Estudios Felipe II de Yuso naturalismo hispánico, con extensión en Argentina, Brasil, Chile, El Salvador, Méjico, Estados Unidos, Francia, Italia y España. Frecuentemente se desplaza a dichos países para asistir a congresos y conferencias.

Habla treinta y ocho idiomas; ha escrito alrededor de sesenta y cuatro libros y más de doscientos cincuenta trabajos; los títulos más importantes son: Nápoles Hispánico (cinco Tomos); Historia del Pensamiento Político Catalán (tres tomos); Sobre los Fueros de Vizcaya; los Fueros de Galicia; Cerdeña Hispánica; el Franco Condado de Borgoña, etc., etc.

Actualmente está trabajando en su tratado sobre la Filosofía del Derecho, que constará de ocho tomos.

Profundo conocedor del Reino de Valencia y de la Doctrina de Antonio Aparisi Guijarro, varios de sus libros están dedicados al estudio de ambos; podemos destacar "La Valencia Clásica" —dentro de la historia del pensamiento político catalán— y el último libro editado por el Centro Zumalacárregui, con la colaboración de varios Catedráticos y titulado "Aparisi Guijarro, las Claves de la Tradición Política Española".